

NOTAS DE FILOSOFIA

P. Alfonso López Quintás.

NOTA IMPORTANTE

Me interesa mucho advertir a mis benévolos lectores que, según orientación marcada desde un principio por el Consejo de Redacción, estas *Notas de Filosofía* persiguen un fin *formativo*, más que meramente *informativo*. Ofrecer unas "notas filosóficas de actualidad", más o menos pintorescas, antes sería ocasión de lucimiento para el autor que de verdadero provecho para el lector. Y no creo sea equivocado decir que una de las más prometedoras características de la hora presente es un deseo firme de no dispersar en escarceos el tiempo que reclama una labor sólida y fecunda.

El fin de estas *Notas*, como queda dicho en otro número de esta Revista, es conseguir que lectores no versados en la lectura de textos filosóficos, con una hora de atenta dedicación mensual, puedan ir habituándose al léxico técnico y sobre todo al ritmo específico del pensar filosófico. Que esta adaptación permitirá al arquitecto dilatar su horizonte cultural y dar a su actividad profesional dimensiones extraordinariamente ambiciosas lo muestra el ejemplo del arquitecto norteamericano Luis Kahn, cuyos escritos se mueven en un nivel filosófico que exigen, para ser debidamente comprendidos, un previo adiestramiento. No sería difícil mostrar una larga lista de arquitectos contemporáneos cuya obra no envejece al ritmo de su edad fisiológica debido a la capacidad de renovación que va adscrita a un largo y esforzado cultivo de los grandes problemas humanos. Actualmente, por ejemplo, la renovación de la arquitectura religiosa está inspirada en concepciones filosóficas que no pueden ser fruto de un aprendizaje somero, sino de un detenido ejercicio de ascesis intelectual.

Concretando un poco más, pienso que si un lector se ha hecho cargo de las ideas expuestas en números anteriores de esta Revista acerca del verdadero concepto de "objetividad", estará a salvo de muchos sofismas acerca de la primacía del llamado "estilo objetivo" y de las pretensiones desmedidas del arte abstracto.

En los últimos números se están poniendo las bases para una mejor comprensión de las crisis del hombre actual, que es evidentemente imprescindible en todo aquel que desee realizar una labor a la altura de su época. En todos los ámbitos del obrar humano los grandes creadores deben su clarividencia y su eficacia a su poder de adivinación, que les permite calar en el secreto de su época y en el del futuro. Ciertamente que en Arte la intuición desempeña un papel primario. Pero nadie debiera dudar en la actualidad que, si es acompañada de profunda reflexión, la capacidad intuitiva alcanza metas mucho más elevadas.

DIAGNOSIS DEL HOMBRE ACTUAL

III

LA ATENCION A LO PROFUNDO Y SU FECUNDIDAD EN EL MOMENTO ACTUAL

En mi empeño por abrirme al conocimiento del hombre contemporáneo, a fin de abordar los problemas de la cultura en su perspectiva justa, debo dejar hoy en claro que los dos estilos de pensar que han

depauperado—por su extremismo y unilateralidad— el pensamiento actual responden a una actitud común, es a saber: no dejarse impresionar por aquellas realidades cuya interna riqueza exige un estudio

reverente. Ahito de poder, el hombre moderno se consagró en exclusiva al análisis de los seres que se dejan reducir a elementos incualificados. Con ello incrementó indefinidamente el área de dominio científico, pero su horizonte espiritual sufrió una reducción directamente proporcional. De ahí la grave desproporción actual entre el grado de civilización que ostentan algunos pueblos y su nivel de auténtica cultura. Los intentos de imponer en todos los ámbitos del saber—incluso en la Arquitectura—la hegemonía de la técnica arrancan de esta peligrosa descompensación que se produce en el mundo cultural cuando no se mitiga el afán de poder con una actitud de respetuosa atención a las realidades originarias e irreductibles, que no son posible objeto de saber científico, pero fecundan a través de la intuición la vida más honda del ser humano integral.

Veamos todo esto con alguna detención, destacando en primer término las metas a que tienden los estilos de pensar a que hemos aludido.

PRESTIGIO DEL NATURALISMO

El naturalismo se acoge a una forma de inteligibilidad de carácter más científico que filosófico, con vistas a lograr el triple objetivo al que tiende—por una especie de fuerza de gravitación—nuestra ansia humana de saber: el logro de conocimientos *objetivos* (no subjetivamente arbitrarios), *universales* (independientes de opiniones particulares), y *nítidamente racionales* (transparentes a la inteligencia como una ecuación matemática).

Lo propio del conocimiento científico es establecer "hipótesis" a partir de los hechos de experiencia, verificarlas sobre éstos y prever nuevos hechos a base de las hipótesis ya verificadas. Este procedimiento cognoscitivo es "objetivo", en cuanto se deja controlar por la experiencia; es "universal" porque esta constatación puede ser realizada por quien tenga el mínimo de preparación requerida, y es *nítidamente racional*, porque la hipótesis verificada se trasmuta en ley, norma y sentido. Comprender viene a significar aquí com-prehender, captar simultáneamente un complejo estructural de leyes, armónicamente ordenadas y universalmente verificables, que permitan un fácil manejo de la multiplicidad dispersa, confusa y caótica de lo material.

En esta búsqueda de la *facilidad* radica el más grave riesgo de la forma naturalista de pensamiento, que suele sucumbir a la tentación de desbordar su campo de aplicación nato. Debido, en efecto, a la estructuración de la realidad en diversos estratos o niveles entitativos, que aparecen en cada ser jerárquica y dialécticamente trabados, de tal modo que el inferior (meramente objetivo-expresivo) parece ser el sustrato del superior (superobjetivo-expresante), se puede proceder a explicar el conjunto atendiendo solamente a su vertiente *inferior* mediante

el método de conocimiento exacto de lo *verificable*. He aquí el flanco por donde se puede abordar la reducción de lo cualitativo o meramente cuantitativo.

Este método reductor responde a una doble tendencia general del hombre: la de ampararse en el carácter fundante de los estratos inferiores—que, por influjo del mundo de la construcción, parecen implicar esencialmente un carácter de *fundamento*—, y la de reducir lo complejo a lo simple. Esto explica su prestigio secular, que hoy debemos someter a radical revisión para distinguir sus legítimos derechos de sus pretensiones desmedidas. Pues sucede que, al amparo del innegable buen éxito logrado en su campo (1), este método intentó alzarse con la hegemonía, reduciendo el ámbito del conocimiento a lo estrictamente verificable, recurso expeditivo que puso al hombre de Occidente en grave riesgo de perder el sentido para el amplísimo ámbito de realidades que no se someten al control experimental. Y ello en tanta mayor medida cuanto que el prestigio de este modo unilateral de pensamiento suscitó una forma de naturalismo muy sutil, consistente en interpretar lo no-verificable con categorías extrapoladas de ámbitos inferiores, sobre todo del mundo de los "objetos" o meras "cosas".

Estos extremismos nos instan a distinguir cuidadosamente diferentes clases de "objetos" y formas de "verificación". Pues no procede basar el discurso filosófico en los precarios esquemas "materia-espíritu", "cosas-personas", "fáctico-eidético", entre cuyos extremos queda abandonada una amplia y ricamente estructurada tierra de nadie que es convertida por los materialistas en desierto estratégico en su lucha contra el espíritu.

Frente a la unilateralidad naturalista urge subrayar el *peso de realidad* de las entidades que, por estar dotadas de una espacio-temporalidad superior, no caen en la basta red del control experimental. De ahí la importancia de las categorías de *mundo*, *presencia* y *causalidad no-lineal*.

PRESTIGIO DEL INTELECTUALISMO

Si se reduce la realidad a un *caput mortuum* irracional, materia muerta carente de energía interna entelequial, las estructuras racionales que establecen en ella orden y le confieren luz de inteligibilidad deben ser consideradas como fruto del pensamiento humano.

También aquí se parte de una labor previa de desmantelamiento de lo real. Si no se realiza un análisis detenido de la dosis de superobjetividad (es decir, de intimidad o libertad interna) que ennoble-

(1) Conviene recordar, a este respecto, que todo gran acto de arbitrariedad dictatorial es siempre concebido bajo la cortina de humo de un éxito espectacular. De ahí la necesidad de precisar serenamente dónde acaba lo justo y dónde empieza lo violento.

ce a cada estrato de ser, incluso al inanimado (Wenzl), será imposible advertir la profunda unidad que vincula internamente los diversos seres, no quedando sino el fácil recurso de los esquemas drásticos, tales como espíritu-materia, por ejemplo, que escinden violentamente la realidad. Para unir constitutivamente dos entidades, deben gozar ambas de cierta flexibilidad interna, que no es sino el grado de dominio del espacio y el tiempo que caracteriza a cada forma de superobjetividad. Si se tiene sensibilidad para advertir aquello que hace posible la unión de los seres, se evitará decir, con el Intelectualismo, que *lo inferior es espejo en que se refleja lo superior para poseerse plenamente*, pues lo inferior es visto en todo su rigor como medio expresivo o *encarnante*, que, al ser asumido como tal, es elevado en su calidad entitativa por el *elemento expresante*. Por eso reviste tan alto interés la interpretación actual del cuerpo como *palabra*, y el reconocimiento de su carácter *semi-superobjetivo*.

Es inexacto, por tanto, afirmar que la inteligencia se apoya tangencialmente en lo material-sensible para dar el primer impulso a su potencia especulativa autónoma, pues en un mundo de realidades complejas-analéticas la actividad cognoscitiva fundamental es la intuición de lo real-profundo.

La pretensión de *autonomía* es aquí relativa a la *superficialidad* del conocimiento, y aboca, por tanto, al desarraigo, fruto de esa forma inferior de distancia que se traduce en alejamiento. Por el contrario, la distensión en plano de realidades profundas no implica forma alguna de sumisión heterónoma, sino una relación específica de muy fecunda complementariedad.

Al desconocer el fenómeno de la constitución analética que penetra y atraviesa todos los estratos de ser, se tiende a interpretar la superioridad de la vida intelectual como dominio puro, creadoramente autónomo, olvidando que las leyes de expresión ontológica son esencialmente analéticas, aunque concedan cierto predominio al elemento expresante.

LA REFLEXION Y LA INTERIORIZACION

Si el Naturalismo y el Intelectualismo son concepciones extremistas provocadas por un estilo de pensar *unilateral*, y, por tanto, *superficial*, la solución a la crisis planteada por estas formas de exclusivismo sólo podrá hallarse en la vía que lleva a lo *profundo*. Y dado que las realidades profundas son analéticas, es fácil adivinar en el estudio sineidético de las mismas la dorada vía media que concilie las dos posiciones extremas aludidas. La una subraya en exclusiva el influjo de lo externo en el sujeto cognoscente; la otra destaca, más bien, la inmanencia (*autonomía*, interioridad, espontaneidad) del conocimiento. La ley de distensión, por su parte, nos advierte que *sólo al contacto con lo profundo llega el hombre*

a la madurez de su vida intelectual. Nótese que al vincular dos realidades con alta *densidad ontológica*, esta ley cobra una tensión interna tal que supera el nivel de la "relación de causalidad en tercera persona", meramente lineal. De esta posición elevada se deriva su poder de superar, asumiéndolas, las dos exigencias representadas, respectivamente, por el Naturalismo y el Intelectualismo.

Respecto al último, es de notar que la *presencia a sí* de la conciencia no ha de entenderse de modo *estático-espacial*, propio de niveles meramente empíricos, sino como una apertura dinámica a un campo de realidades profundas, que, al fundar con el sujeto relaciones dialógicas de encuentro, crean un clima de proximidad eminente, es decir, de dominio sobre la dispersión espacio-temporal, el cual, a su vez, engendra ese fenómeno de libertad y cercanía que llamamos *intimidad*. La teoría de la *presencia*, como todo lo específicamente humano, es rigurosamente *analética*, porque se basa en la interacción dialéctico-jerárquica de dos niveles entitativos.

El hombre se hace presente a sí mismo en la reflexión cuando sale de sí hacia un campo de realidades profundas, cuando vence la fuerza de gravitación hacia el solipsismo egocéntrico mediante una actitud de entrega a la tarea de fundar ámbitos de diálogo con los entes del entorno. Ser reflexivo no indica retraerse de la vida de acción, sino vivir al nivel de las significaciones, del que emergen los impulsos que orientan la conducta del hombre. La reflexión es una urgencia no sólo intelectual, sino moral. Por eso puede afirmarse con todo derecho que la interioridad indica dominio de la acción, compromiso con el mundo entorno, por amor a algo que afecta por igual al sujeto y al objeto. Cuando la inteligencia se distiende en un plano de realidades profundas, lejos de dispersar al hombre lo despierta a la conciencia viva de su vida interior, que queda ligada de este modo al sentimiento de *totalidad*.

La interiorización es, por consiguiente, el modo de lograr un contacto verdaderamente inmediato con el entorno, porque la inmediatez de participación intelectual se da al nivel de lo profundo. Sólo mediante esta forma superior de unidad pueden abrirse al conocimiento humano los ámbitos de lo real velados al Racionalismo. El proceso de interiorización amplía indefinidamente en profundidad la experiencia humana, y da relieve, es decir, contenido trascendente a la visión del Cosmos.

No debe, por tanto, el intelecto desvincularse del mundo mal llamado "externo" para lograr su pureza específica, sino enraizarse en el nivel de lo profundo, pues todo ser, cuanto más alta es su calidad entitativa, menos necesita rehuir la "contaminación" mundana, pues, al ser capaz de realizarla en planos de profundidad, no sólo no se pierde diluyéndose en la dispersa multiplicidad de lo que está sometido

al fluir temporal y a la distensión espacial, sino que funda en colaboración *ámbitos de dominio*—como el diálogo interhumano—, que son expresión máxima de poder y elevación ontológica.

En definitiva, mi posición se afirma en la fundada sospecha de que estas concepciones extremas—Naturalismo, Intelectualismo—están inspiradas por la pretensión de coocer el mundo externo por *ley de constitución interna*, como el geómetra conoce el círculo. Desmedida ambición que sólo puede ser artificiosamente colmada mediante una reducción violenta del objeto de conocimiento y una exaltación gratuita de la facultad cognoscitiva. El esquema sartriano del *en-sí* y el *para-sí* puede servir de claro ejemplo.

A la base de las posiciones extremistas representadas por el Naturalismo y el Intelectualismo, está operante un falso concepto del rigor específicamente filosófico y, por tanto, de la certeza. De ahí el ideal intelectualista de bañar de luz cegadora todos los ámbitos de lo real, eliminando así las fuentes de misterio. Se comprende fácilmente la aversión intelectualista a lo irracional y a la historicidad, que parecen no avenirse con una forma de conocimiento exhaustivo.

Frente a este cultivo en exclusiva de lo superficial por exigencias metodológicas de certeza absoluta de corte cientista, la ley de distensión subraya que no es la salida de sí lo que confiere libertad y madurez al hombre, sino su elevación a *niveles de profundidad*, en los cuales el *entorno* (Umwelt) se convierte rigurosamente en *mundo* (Welt). El animal ve su entorno a través del velo de sus propios *intereses*, lo que equivale a decir que no supera el plano meramente vital. El hombre que goza de libertad ve el mundo *en relieve*, es decir, capta y reconoce la dimensión de intimidad que confiere a los seres profundos un carácter *irreductible* y *único*.

De aquí se sigue que la conciencia humana no sea meramente conciencia *cognoscente*, sino "experiencia vivida de presencia", que es algo más robustamente existencial y ontológicamente denso que el mero conocimiento espectacular y aséptico. Por eso subraya tan enérgicamente mi concepción analéctica del pensar el influjo que el sentimiento y la voluntad ejercen en el conocer según la calidad ontológica de los diferentes objetos. Lo cual implica una dialéctica de sujeto-objeto incomparablemente más compleja, arcana y fecunda que el mero juego de poner y disponer propio de una conciencia absoluta.

El concepto deja de ser, así, un autónomo director y estructurador, al haber de remitir al hombre a la desconcertante riqueza de lo real. Limitación que es la que confiere, en aparente paradoja, al concepto su verdadera libertad y amplitud, al convertirlo en símbolo abierto del inexhaustible contenido de los seres

profundos. Cuando R. Guardini pedía a sus oyentes universitarios de Berlín que concedieran a los vocablos un ámbito de interna libertad, para que fuesen integrando su significación a lo largo del proceso viviente y tenso del discurso, estaba aludiendo a la necesidad de entender los conceptos en relación a esta visión en relieve de los objetos de conocimiento.

Los conceptos logran su plenitud de significado cuando dejan de ser el fin del conocimiento, para convertirse en *signos vivientes de la presencia*, de las cosas profundas, de la *apertura de ámbitos dialógicos*, de la autorrevelación en persona de realidades con intimidad. Los conceptos deben ser vehículos natos del esfuerzo humano por plegarse fielmente a la prodigiosa flexibilidad de lo real.

Pero esto compromete toda la amplia vertiente de la actividad humana que queremos sugerir con la proteica palabra *corazón*.

Todo nos permite inducir que lo decisivo es dirigir y tensar la mente hacia lo que de profundo hay en cada objeto de conocimiento, dejar que lo hondo imante, por así decir, la sensibilidad, pues distenderse en campo de profundidad es recogerse y fundar ámbitos de vida interior. Si se analizan cuidadosamente todos los elementos que integran esta tensa frase, no será difícil intuir que en esta dirección se halla la vía para solucionar los problemas planteados por la crisis actual, provocada, como queda dicho, por una defeción o descenso de nivel. En definitiva, todo se reduce a precisar la relación que media entre *recogimiento* y *sobrecogimiento*.

Como preparación al desarrollo de este sugestivo tema, ofrezco al lector un texto altamente significativo tomado de la obra de M. F. Sciacca, *El silencio y la palabra* (págs. 177 y sgs.).

TEXTOS

"La *atención* fija la mente en una cosa. No siempre implica una elección; a veces el objeto le es impuesto o se impone de suyo. La atención por sí misma no es conocimiento: con toda la atención posible yo puedo no comprender; la atención puede ser atraída por una cosa que es sólo 'espectáculo'; fija nuestra mente sin que haya nada que comprender. Pero la atención es la disposición propia para conocer; es el disponerse a leer un lenguaje y a transcribirlo a nuestro lenguaje. Es el 'buscar leyendo'."

"La *atención* no se halla separada de la *reflexión* si bien se distingue de ella. No es exacto decir que la atención se dirige a lo que está fuera de nosotros y la reflexión a nosotros mismos, el replegarse del espíritu sobre sí mismo. También cuando estoy atento a lo que está fuera de mí, me reflejo dentro de mí y sobre mí mismo: el espíritu que está atento a una cosa está atento a sí mismo, se refleja sobre sí mismo en ocasión de esa cosa."